

“MI PADRE ES LEVE COMO UNA FLOR”: ACERCA DE **BARCAS SOBRE LA ZARZA ARDIENTE**, DE ENRIQUE SOLINAS

Enzo Cárcano*

DATOS DE LA OBRA

Solinas, E. (2016). *Barcas sobre la zarza ardiente*. Buenos Aires: Ediciones del Dock. Colección Pez Náufrago. ISBN 978-987-559-322-0.

Según se relata en el Éxodo (3, 1-6), una vez Moisés llevó a su rebaño allende el desierto y llegó hasta la montaña de Horeb. Allí, Yaveh se le apareció en la forma de una zarza ardiente que no se consumía. Ante la curiosidad del pastor, que se acercaba para mirar el extraño fenómeno, Yaveh se le reveló como “El Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Desde entonces, la “zarza ardiente” ha sido un símbolo tradicional de la presencia divina. En el último poemario de Enrique Solinas, *Barcas sobre la zarza ardiente*, este motivo bíblico alude tanto al Dios Padre como al propio padre del poeta y, a través de él, a todos los padres. Pero no se trata este libro de un retrato, sino de un trayecto, de un pasaje del padre que muere, que se aleja, y del hablante hijo que transita su aceptación, su duelo. Y a eso aluden las “barcas” del título, símbolos antiguos que ya los griegos asociaron al viaje del espíritu.

Una de las voces más originales del panorama poético argentino actual, Enrique Solinas nació en Buenos Aires, en 1969. Desde 1989 colabora con publicaciones de la Argentina y del exterior. Es docente y forma parte de grupos de investigación sobre literatura argentina, literatura latinoamericana, y literatura y mística. Como poeta, publicó: *Signos Oscuros* (1995), *El Gruñido* (1997), *El Lugar del Principio* (1998), *Jardín en Movimiento* (2003), *Noche de San Juan* (2008), *El gruñido y otros poemas* (antología poética, 2011) y *Corazón Sagrado* (2014). En narrativa, publicó el libro de cuentos *La muerte y su conversación* (2007). Por su labor literaria, obtuvo numerosos galardones,

*Becario doctoral del CONICET y doctorando en la Universidad del Salvador (USAL). Máster en Lengua Española y Literatura Hispánicas por la Universitat de Barcelona. Profesor adjunto de Teoría literaria en la USAL. Correo electrónico: enzo.carcano@usal.edu.ar

Gramma, XXVIII, 59 (2017), pp. 201-205.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

entre los que se cuentan el primer Premio Dirección General de Bibliotecas Municipales de Buenos Aires (1993), una mención en los Premios Municipales de la Ciudad de Buenos Aires a la Producción (1994-1995), el Subsidio Nacional de Creación de la Fundación Antorchas, el primer Premio Estímulo a la Creación de la Secretaría de Cultura de la Nación (2000) y la beca de residencia Shanghai Writing Program otorgada por el Gobierno de China (2014). Tradujo y versionó a numerosos autores, como, entre muchos otros, Safo de Lesbos, Horacio, Ovidio, Sharon Olds, Lucielle Clifton, Thomas Merton, Patrick Kavanagh, Roy Campbell, Edward Thomas, Rupert Brooke, R. S. Thomas, Anne Sexton, Sylvia Plath, Jane Kenyon, Crystal Williams, Henri Cole, Ruthven Todd, Li Young-Lee, Alda Merini, Henri Meschonnic, Zhao Lihong, Gu Cheng. Asimismo, su propia obra lírica se halla incluida en antologías nacionales y del extranjero, y ha sido traducida al inglés, al francés, al italiano, al griego, al portugués y al chino.

El nuevo libro de Solinas, breve pero intenso, es, en algún punto, una continuación de “El Rostro de Dios”, pieza perteneciente a Noche de San Juan, el poemario anterior. “Esa mujer / extendida hasta la nuca debajo de la sábana” que aparece en el primer verso de dicha composición es, según sabemos por la dedicatoria final –“a mi madre, in memoriam”–, la difunta madre del hablante. Cuando este descorre la sábana que cubre el cuerpo, una mosca sale de su boca, y allí, en ese pequeño incidente, acontece lo epifánico, lo divino, y sucede la comprensión:

Ahora sé que este es el rostro de Dios:
 una mujer que se va y la mosca que sonrío,
 compartiendo la misma despedida
 Tan solo nos queda
 cubrir el cuerpo de la desesperanza
 y contemplar el aire de la noche
 fatal y divino (2008, p. 46).

Ahora, en *Barcas sobre la zarza ardiente*, es el padre el que yace en la cama de un hospital. Pero la muerte no aparece como hecho consumado, sino como viaje, como una larga y pausada despedida. En el primer poema, “De los árboles del hospital”, el hablante parte nuevamente de lo que parece ser una descripción de corte objetivista para adentrarse en hondas reflexiones sobre el padre, su padre, al que, como reza el epígrafe de Pía Tafdrup que abre el libro –“*Conozco a mi padre, / como la noche conoce / las estrellas*”–, conoce profundamente, y seguirá conociendo, como a la muerte misma (“No es fácil esperar la muerte / entender sus palabras, / comprender la intención”, p. 9), en el trance final. Desde esa cama de hospital, el padre comienza el derrotero:

Ah, mi padre,
 en su cama de hospital,
 es un barquero
 que atraviesa todas las aguas:
 las corrientes del tiempo,
 la creciente del corazón (p. 9).

Entre alusiones religiosas, no doctrinarias, tan características de la poesía de Solinas, el padre, cuya palabra aparece evocada, y el hijo, que lo dice, que lo invoca (“Elí, “Elí” [p. 33] lo llama emulando el vocativo bíblico¹, ese mismo que gritó Jesucristo en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?” [Mt 27, 46² y Mc 15, 34³]), entablan un etéreo y silencioso diálogo (“... mis palabras // que intentan callar / para decir”) a través de recuerdos, de un lenguaje que aparece en la forma del río, de los peces (“Los peces mi rodeaban, / me hablaban, / yo los comprendía, / hablaban en tu lengua”, p. 11), de la pesca (“un padre que piensa / que la vida es/ caña, tanza, anzuelo y carnada”, p. 17), de una memoria que se mezcla sutilmente con el presente del hospital. En esta confluencia, padre e hijo se contemplan y se reconocen consustanciales al momento del adiós. En “Mi padre es leve”, el hablante dice:

Mi padre es leve como una flor
 cuando en otoño cae como la hojas
 del libro que alguna vez leyó
 al calor del invierno.

Cuando partas de aquí,
 Padre,
 partiré también.

Algo tuyo
 quedará en mí,
 siempre.

Y siempre algo de mí
 se irá contigo (p. 21).

1. Ya aparecía en el Antiguo Testamento, en el comienzo del Salmo 22.

2. “Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: «¿Eli, Eli! ¿lemá sabactani?», esto es: «¿Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?»” (Nueva Biblia de Jerusalén Mt 27, 46).

3. En Marcos, el vocativo aparece con una leve diferencia, aparentemente dialectal o de transcripción: “A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: «Eloí, Eloí, ¿lemá sabactani?», —que quiere decir: «¿Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?»” (Nueva Biblia de Jerusalén Mc 15, 34).

Y luego será el padre, evocado, el que reconozca la necesidad del recuerdo para pervivir:

Hijo:
*No quiero tumba para mí,
 tan solo quiero
 ser una palabra
 en la memoria del tiempo,

 habitar tu boca,
 ver en tu mirada,

 que me recuerdes,
 tan sólo
 para no morir* (p. 27).

La despedida queda plasmada en “El paso del tiempo”, balance que el hijo hace con miras al futuro:

porque el tiempo ha pasado
 y nos enseña esta lección:

 De ahora en más
 y para siempre,

 yo seré la palma de la mano
 que te proteja.

 Y tú me llevarás
 a navegar el río de la historia,
 a compartir las imágenes
 que tu memoria guarda
 de todo tiempo anterior
 a esta despedida (p. 31).

El padre, en su barca, navega “decidido y mortal, / con las velas desplegadas, / hacia el reino” (p. 26). El hijo lo despide con el sosiego de quien ha comprendido lo suficiente como para aceptar la muerte. El agua que media entre esas orillas es ayer, pero también hoy, es cambio y movimiento, es el sostén del pescador y el impulso de viajero. Nadie realmente puede explicar “adónde van / los peces cuando mueren” (p. 40), así como no es posible rastrear lo insondable del fin terreno de los hombres. Sin

embargo, esa incerteza, lejos de ser vivida como angustia o melancolía, se trueca, sobre el final de *Barcas sobre la zarza ardiente*, en recuerdo esperanzador, en un mensaje de futuro, porque el padre, que surca el río hacia Dios, ahora vive en el hijo:

cierro los ojos y recuerdo,
y me sumerjo en las aguas,
otra vez.

Viene hacia mí de nuevo
el pez de la esperanza.

Voy de nuevo hacia él,
como la única verdad posible (40).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Solinas, E. (2008). *Noche de San Juan*. Buenos Aires: Ediciones del Dock.